

EL OJO CRÍTICO



José
Lois
Estévez

Eufemismo y palabrotas. *Por José Lois Estévez*

Tal como se entiende habitualmente, el eufemismo es una figura del lenguaje consistente en cierta suavización retórica de las expresiones que, formuladas sin paliativos, resultarían duras o malsonantes, ofensivas para el pudor, crueles o inhumanas.

Puede ser demasiado estrecha esta concepción del eufemismo. Siendo, etimológicamente, el eufemismo el decir bueno y bello, ¿quién podrá negar que sea eufemística toda la poesía? ¿Pues pretende la poesía otra cosa que embellecer la realidad universal? Cuando las mismas tragedias pasan por el filtro poético ¿tienen otra intención que purificar las almas mediante la catástasis?

En cualquier caso, el uso sistemático del eufemismo con fines utilitarios fue un importante logro político. Y su invención, si hemos de creer a Plutarco, se debe a Solón, uno de los siete sabios de Grecia, que demostró así su auténtica genialidad.

El uso sistemático del eufemismo con fines utilitarios fue un importante logro político

Nos cuenta el escritor griego: “Lo que los modernos han dicho de los atenienses que lo que había en las cosas de desagradable lo encubrían con nombres lisonjeros y humanos, llamando amigas a las mancebas; a los tributos, tasas, custodias a las fortalezas de las ciudades y edificio a la cárcel, fue primero maña de Solón, que llamó alivio de carga a la extinción de los créditos, porque fue este su primer acto de gobierno, disponiendo que los créditos existentes se anularan y que en adelante nadie pudiese prestar sobre las personas.”

No discutiremos sobre la prioridad de la invención y daremos por buena la paternidad asignada. Lo cierto es que, iniciada en esa fecha o en otra anterior la carrera del eufemismo político, sus progresos no han sufrido interrupción desde entonces.

El gran historiador Tucídides, no sólo ha registrado ejemplos concretos de eufemismo político, sino que ha hecho mucho más: ha descubierto la tendencia contraria experimentada por las sociedades con una moralidad resquebrajada por la guerra apropiada las palabrejas amañadas. Del primer supuesto cita un discurso de Cleón ante el Senado de Atenas: “Vosotros creéis que las cosas han de ocurrir según os persuade el que sabe hablar mejor, teniendo por más cierto lo que oís que lo que os demuestran las obras, pues os dejáis persuadir por palabras artificiosas”.

El segundo pasaje de Tucídides forma parte del discurso de los tebanos a los lacedemonios. “Cuando las obras son buenas, no requieren muchas palabras para alabarlas; mas para paliar y dorar un hecho, son menester discursos artificiosos. Si quienes tienen la autoridad de juzgar, conociesen sumariamente y de plano la causa, sin largas y dilaciones, ninguno procuraría forjar lindas frases para excusar hechos torpes y feos”.

Al decir: “hermosas palabras para disimular torpes hechos”. ¿No se está definiendo aquí el eufemismo político?

Pero la sagacidad de Tucídides le llevaba mucho más allá, hasta evocar los cambios semánticos

determinados por la evolución subconsciente de las convicciones éticas en la sociedad. Según relata el singular historiador: “Fueron en aquel tiempo turbados los Estados y Gobiernos de las ciudades de Grecia con sediciones y discordias civiles, pues sabido que en un lugar se había hecho alguna demasía o insolencia por unos, otros se disponían a otra mucho peor. Y todos estos males se excusaban nombrándolos con nuevos e impropios nombres, porque a la temeridad y osadía, llamaban magnanimidad y fuerza; a la tardanza y madurez llamaban temor honesto y a la templanza y modestia, cobardía y pusilanimidad encubierta; la ira e indignación arrebatada, nombraban la osadía varonil; la consulta, prudencia y consejo, traza de flojedad...”